

CUADERNO de TORMENTAS

Crónica de los deambulares por Ciudad Espanto



David Rubín

Vestí las ropas que aquella
extraña sombra me dio,
y ante mi asombro mi cuerpo
comenzó a moverse al ritmo que
mi recién adquirida indumentaria
le dictaba...



Calles y montañas, regiones y países parecían plegarse ante mi paso,
y en tan sólo un instante me descubrí en las inmediaciones de Ciudad Espanto,
cruzando ligero una senda de baldosines que conducían a lo que algunas
de las almas perdidas que a mi lado caminaban llamaban
las *Gargantas del Olvido*, las puertas de acceso a la ciudad.

Contaban que quien cruza las fauces de Espanto
deja atrás todo lo que hasta ese momento era.
Todo lo bueno que habita en nosotros, lo que nos hace humanos,
es devorado por la ciudad, reciclado en engranajes
para su precisa maquinaria de tortura.



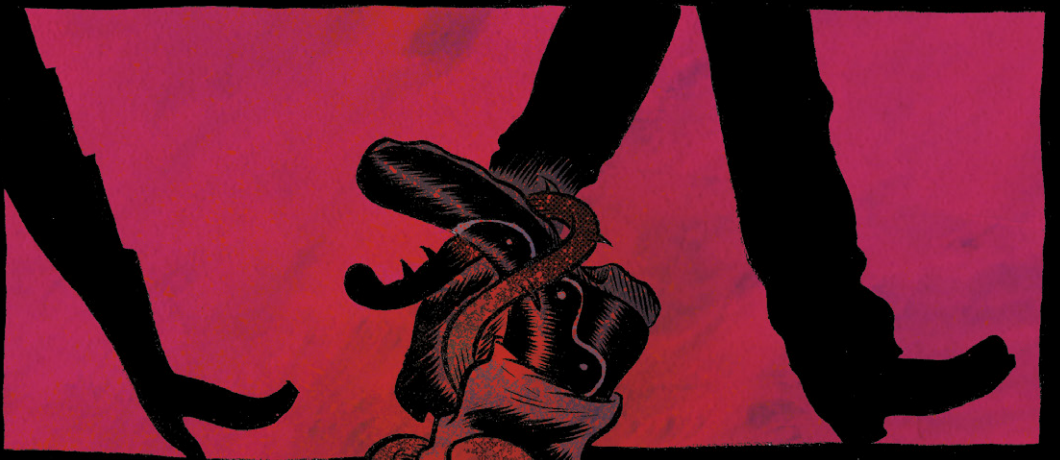




El primero de los escollos
a los que el viajero ha de enfrentarse
al adentrarse en Ciudad Espanto
son los llamados *Pilares del Dolor*,
los altos puentes que unen
las Gargantas del Olvido
con la vasta ciudad.

También reciben el sobrenombre
de los “*puentes de Orfeo*”,
pues según cuentan,
quien los recorre,
si a mitad de camino se arrepiente
y decide volver sobre sus pasos,
es tragado por los propios pilares
para pasar a alimentar su estructura.

No hay vuelta atrás
una vez franqueadas
las puertas de Espanto.



A la sombra de los Pilares del Dolor se encuentra
la *plaza de los Cien Mil Bosques Talados*,
toda ella construida —y en perpetuo crecimiento— con madera fantasma
de bosques cercenados para convertirse en el papel
donde imprimir las infinitas obras que
jamás deberían haber sido creadas.

Preside su centro la única edificación de piedra del recinto:
una gran estatua que antes fue mujer de carne y hueso.





Según reza una placa a sus pies,
se trataba de *Sansona Domínguez*,
la cual decidió a su llegada a la ciudad transmutarse en piedra
para impermeabilizarse al dolor y los sentimientos
que atacaban su carne.

Si con cuidado acercas tu oído a su rocosa superficie,
podrás percibir un ligero sonido,
como de cristales rotos, y tras él, casi imperceptibles,
los gritos lejanos de la dama que habita tras la piedra,
Sansona Domínguez, la mujer estatua,
la del corazón blindado.



Rodeando a la ciudad, se dibuja un círculo ensangrentado:
el Gran Canal Carnívoro,
un inmenso foso que escuda a Espanto de la realidad
y que en vez de agua contiene en su interior un mar embravecido
de carne, vísceras y sangre.

En su ribera septentrional se halla *el puerto de Huecoseco*,
donde los fantasmas de los marineros muertos tierra adentro
recogen en sus redes los huesos que el gran canal devuelve.

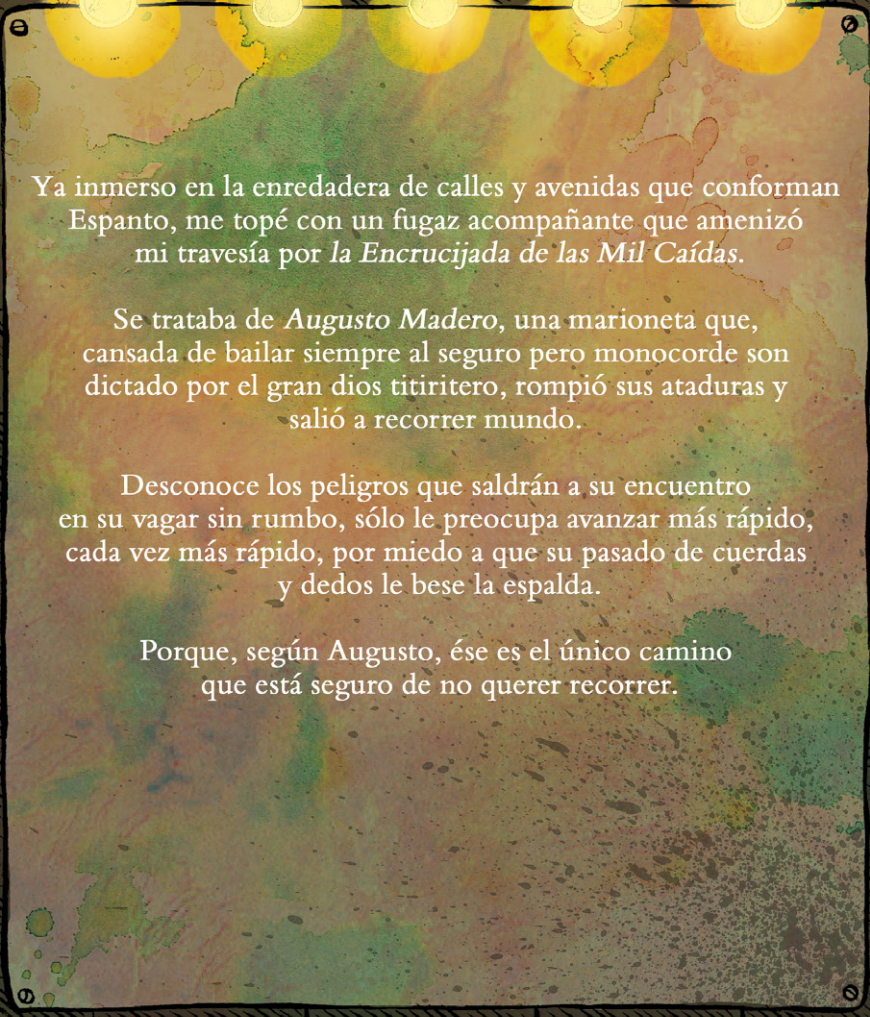
Con ellos, cangrejos mecánicos construyen y venden
instrumentos musicales que, al ser tocados, recitan los secretos
que en vida albergaban los dueños de los huesos.

Deseoso de entretenerme tocando y escuchando
alguna nota de pudor ajeno, elegí un pequeño flautín
que recordaba a lo que una vez debió ser parte de una costilla.

“¡Buena elección! ¡Pronto has de tocarlo!”,
me dijo uno de los cangrejos.

Y con el hueso en mi bolsillo proseguí mi caminar.





Ya inmerso en la enredadera de calles y avenidas que conforman Espanto, me topé con un fugaz acompañante que amenizó mi travesía por *la Encrucijada de las Mil Caídas*.

Se trataba de *Augusto Madero*, una marioneta que, cansada de bailar siempre al seguro pero monocorde son dictado por el gran dios titiritero, rompió sus ataduras y salió a recorrer mundo.

Desconoce los peligros que saldrán a su encuentro en su vagar sin rumbo, sólo le preocupa avanzar más rápido, cada vez más rápido, por miedo a que su pasado de cuerdas y dedos le bese la espalda.

Porque, según Augusto, ése es el único camino que está seguro de no querer recorrer.

